

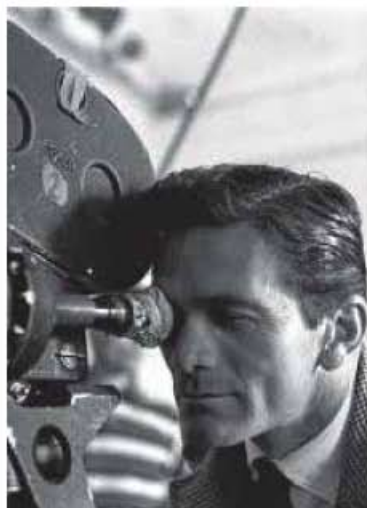
En el centenario de Pasolini

ANÁLISIS
JOSÉ IGNACIO
FERNÁNDEZ
DOUGNAC

En la película 'Querido diario' (1993), Nani Moretti, protagonista y director, tras hojear las portadas de la prensa con la noticia del asesinato de Pasolini (1922-1975), monta en su característica Vespa y recorre la carretera que bordea las agrias playas de Ostia. La secuencia, un largo travelling sostenido por la música a piano de Keith Jarrett, finaliza ante el deteriorado monumento que recuerda tan terrible y enigmático suceso frente al mar. La cámara de Moretti manifiesta el mismo respecto con que Pasolini posó ante la tumba donde reposan las cenizas de Gramsci. Me parece oportuno retomar este honesto homenaje ahora que la Italia oficial, con un cierto tufo a mala conciencia, se deshace en celebraciones y exposiciones, ensalzando los cien años del nacimiento del autor de 'Accattone' y

elevando su figura a la categoría de hombre del Renacimiento, mártir o santo laico. Acaso todo lo contrario de lo que le hubiera gustado ser en vida.

Pasolini defendió siempre el 'cine de poesía', más atento al estilo y al simbolismo que a la narración ('cine de prosa'). Si el primero forma parte de lo que se ha considerado 'obra de autor', el segundo se disgrega aparentemente por los circuitos comerciales. Lo cierto es que sus películas, salvo 'El Evangelio según Mateo' (la mejor traslación de la vida de Cristo a la pantalla) junto a las dos que abordan los mitos clásicos (Edipo y Medea), han quedado algo ancladas en las furibundas obsesiones de la época. Una parte muy significativa de su cine fue pronto asimilada por el sistema, por ese consumismo que él tanto detestaba. Tal es el caso de la 'Trilogía de la vida', tan galardonada a su paso por festivales: 'El Decamerón', 'Los cuentos de Canterbury' y 'Las mil y una noches'. Su ingenua sexualidad liberadora se terminó absolviendo con la misma zafiedad con que se engulle cual-



Pier Paolo Pasolini.

quier subproducto erótico. Por ello, él no tardó en abjurar de estos tres títulos. Poco después, nos dejó un testamento filmico desolador, un sórdido alarido cargado de desesperanza: 'Saló o los 120 días de Sodoma', estrenada en 1975, el mismo año de su muerte.

Sin embargo, donde, a mi juicio, encontramos al Pasolini más imperecedero, «tutto nudo», es en sus poesías, nove-

las y muy especialmente en los ensayos ('Escritos corsarios' y 'Cartas luteranas', entre otros). Aquí prevalece con más hondura el agitador molesto hasta la irritación, el lúcido provocador y, sobre todo, el pensador incisivo y casi profético. Creo que el literato ha perdurado con más intensidad que el cineasta. Es en sus textos donde aparece un Pasolini irreductible y sorprendentemente actual: el que nunca ocultó su homosexualidad y fue expulsado del PCI por «conducta indecente»; el que tildó de agitación burguesa al Mayo del 68 francés o el que añoraba la pureza campesina y la inocente energía de los «ragazzi di vita». Fue un ateo que no repudió su trasfondo cristiano («sé que en mí hay dos mil años de cristianismo»), o un descreído que rechazó el aborto («lo considero como una legalización del homicidio», escribió en 'Il Corriere della Sera'), soportando por ello el rechazo de sus amigos (Alberto Moravia y Natalia Ginzburg). Supo detectar los nuevos rostros del fascismo: el que se oculta tras la homogeneización y la deshumanización del consumismo o el que se segrega de actitudes antifascistas. En definitiva, Pasolini nos enseñó que el activismo social, cultural y político no se entiende sin la libertad de pensamiento y

que la revolución termina cuando la rebeldía es sepultada por la inapelable lógica del poder. Por eso, él fue siempre un obstinado insumiso hasta aceptar sus propios infiernos y sus contradicciones más evidentes.

Como nos apunta Moretti, murió a la intemperie, en un suicidio descampado sin belleza, una noche de noviembre. De la misma manera que vivió: extraños, fuera de la ciudad, alejado de los mentideros culturales, de la ortodoxia desoladora y asfixiante. Porque Pasolini moldeó su propia libertad con un profundo sentido ético, con la trágica soledad del corsario, ejerciendo la tozuda incomodidad del hereje. No en vano los dos tomos de la poesía completa aparecieron en 1993 bajo el título 'Bestemmia' ('Blasfemia'). Sus palabras, leídas ahora, resuenan con la idéntica energía con que inicialmente fueron concebidas. Podemos discrepar de él pero siempre nos incita a reflexionar. La obra literaria y filmica de Pasolini, además de ruido y furia, encierra un apasionante debate sobre la perdurabilidad y fuerza de la palabra y la imagen; o cuestiona hasta qué punto las ideas son más indestructibles, en la abstracción que emana de un libro o en las sensaciones que refleja la gran pantalla.